

Variables familiares asociadas a la conducta antisocial infantil: el papel desempeñado por el tipo de estructura familiar

Lucía ANTOLÍN SUÁREZ
Alfredo OLIVA DELGADO
Universidad de Sevilla
Enrique ARRANZ FREIJO
Universidad del País Vasco

Resumen

Este trabajo presenta un doble objetivo, conocer las posibles diferencias que pueden existir entre diferentes tipos familiares en relación a las variables implicadas en la conducta antisocial, y determinar el papel desempeñado por la variable tipo de estructura familiar en el desarrollo de este tipo de conductas. La muestra estuvo constituida por un total de 214 familias, de contextos normalizados, con menores de 3 a 10 años. La familias pertenecieron a seis tipos de estructuras familiares en función a su composición: tradicionales, monoparentales, reconstituidas, de partos múltiples, homoparentales y adoptivas. Los resultados pusieron de manifiesto que ante contextos familiares normalizados existe una amplia homogeneidad en relación a las variables asociadas a la manifestación de conductas antisociales infantiles entre los distintos tipos de estructuras familiares. Igualmente, los resultados mostraron que, una vez controlado los efectos que pudieran estar ejerciendo terceras variables, no se encontraban diferencias significativas en cuanto a los niveles de conducta antisocial infantil manifestado por los menores pertenecientes a diferentes tipos familiares. Este último dato lleva a concluir que el tipo de estructura familiar en el que se desarrolle el menor no debe a priori ser entendido como un factor de riesgo para la conducta antisocial infantil.

Palabras claves: factores familiares, conducta antisocial infantil, estructura familiar.

Dirección de la primera autora: Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación..Facultad de Psicología. c/ Camilo José Cela s/n. 41018. Sevilla (España). *Correo electrónico:* luciaantolin@us.es

Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto "Evaluación de las nuevas estructuras familiares como contextos de crianza potenciadores del desarrollo psicológico infantil" financiado por la Fundación BBVA.

Recibido:

Aceptado:

Abstract

This paper has two main aims: to examine differences in variables associated with antisocial behaviour between types of family structure, and to analyze the association between family structure and antisocial behaviour. The sample consisted of 214 families composed by parents and children aged from 3 to 10 years. Six different types of family structure were considered in the study: traditional, single, step, adoptive, lesbian and gays and multiple births families. Results showed high homogeneity in variables associated with antisocial behaviour between types of family structure. Moreover, results indicated that when third-variable effects were controlled, antisocial behaviour did not show significant relationship with the type of family structure. This last result leads to the conclusion that it is not the family structure itself a risk factor to children's antisocial behaviour.

Key words: Family structure, Antisocial behaviour, Family variables.

La aparición de conductas antisociales por parte de los menores es un fenómeno que en la actualidad posee una importante repercusión social ya que genera importantes costes sociales, económicos y personales. Gobernantes, científicos y profesionales de muy diversa procedencia, ponen su punto de mira sobre este tipo de conductas con el propósito de encontrar vías eficaces para la solución del problema. Desde el ámbito científico, existe un amplio acuerdo en considerar que los modelos explicativos de la conducta antisocial deben tener un carácter ecológico y/o sistémico (Dishion, French y Patterson, 1995; Rutter, Giller y Hagel, 2000), en el sentido de considerar que dicha conducta está determinada por una compleja combinación de factores que interactúan entre sí y que afectan de forma específica a los distintos sujetos. Así, es cierto que hoy por hoy la conducta antisocial se entiende como determinada por una multitud de factores pertenecientes a diversos niveles de influencia -biológicos, psicológicos, sociales-, pero también es cierto que entre todos los factores implicados en el desarrollo de este tipo de conductas, los factores familiares adquieren una relevancia especial.

Como señalan Rodríguez y Torrente (2003), la familia tiene una importancia crucial para el desarrollo del comportamiento

adaptado. A lo largo de los últimos 20 años un gran volumen de investigación ha aportado evidencias empíricas que muestran la importante influencia del contexto familiar en el proceso de desarrollo psicológico de los menores (Arranz *et al.*, 2008). En este marco, el propio proceso de transformación que el contexto familiar ha experimentado en las últimas décadas ha cobrado especial relevancia entre la comunidad científica, mostrándose, sin duda, interesada en conocer las posibles repercusiones que dicha transformación puede acarrear para el desarrollo psicológico infantil.

Centrándonos en lo acontecido a nivel nacional, que en gran medida parece coincidir con lo sucedido en el plano internacional, se ha podido comprobar que en las últimas décadas se ha producido una reducción drástica de la presencia de hogares complejos (aquellos en los que conviven distintos núcleos familiares bajo un mismo techo). Igualmente, se ha podido contrastar que junto a las familias nucleares tradicionales (pareja conyugal y sus hijos e hijas biológicos), tienen cada vez más presencia y visibilidad otros tipos de estructuras familiares como son las uniones no matrimoniales, las parejas sin descendencia, las familias reconstituidas o combinadas, las familias adoptivas, las familias homoparenta-

les y, las familias monoparentales (González, 2000). Pero ¿Cómo afectan estos cambios experimentados en el propio seno de la familia al desarrollo psicológico de los menores? Y especialmente, ¿cómo afecta a la manifestación de comportamiento antisocial?

Numerosos estudios han encontrado que la pertenencia a hogares desintegrados se encuentra asociada a la presencia de conductas delictivas (Borduin *et al.*, 1986; Farrington, 1989; Rutter y Giller, 1983; Torrente y Rodríguez, 2004; Wells y Rankin, 1991) y que cambios en la estructura familiar pueden afectar al desarrollo de los menores, favoreciendo la aparición de problemas de conducta (conducta antisocial como máxima manifestación), de niveles bajos de competencia y habilidades sociales, así como un número elevado de problemas en sus relaciones con sus padres y con los miembros de su familia (Hetherington y Henderson, 1997). No obstante, también han sido numerosos los estudios que han manifestado no encontrar relación entre el tipo de estructura familiar y la delincuencia (Loeber y Dishion, 1982), los que han encontrado un desarrollo normalizado en los menores de padres separados (Morgado y González, 2001) y los que han apuntado a que el factor que determina la presencia de comportamientos antisociales en los menores no es el tipo de estructura familiar al que pertenezcan sino más bien el grado de estrés, discordia o conflicto que haya tenido lugar en el contexto familiar, utilización de pautas educativas inadecuadas... (Kazdin y Buela-Casal, 1998), variables que sin duda han mostrado en numerosas ocasiones estar asociadas a la presencia de conductas antisociales (Capaldi y Patterson, 1996; Elliot, 1994; Rutter y Giller, 1983; Wells y Rankin, 1991)

Así, mientras que algunos autores como Piffner, Mcburnett y Rathouz, (2001) encuentran que existen diferencias entre familias *in-*

tactas y familias *rotas* en las manifestaciones de conducta antisocial de los menores, otros no encuentran tales diferencias (Cashion, 1982; Ensminger, Kellam y Rubin, 1983) o encuentran diferencias muy pequeñas (Mednick, Reznick, Hocevar y Backer, 1987; Van Voorhis, Cullen, Mathers y Garner, 1988; Wadsworth, 1976) que pueden explicarse mejor atendiendo a la intervención de terceras variables, que en base a la propia estructura familiar en sí (Wilson y Hernstein, 1985).

Ante el panorama anterior, autores como Rutter, Giller y Hagell (2000) o Juby *et al.* (2001) han indicado que, tal vez, haya sido la propia conceptualización de los términos utilizados en la investigación, así como la diferente metodología llevada a cabo en los estudios, los que hayan dado lugar a confusión y aparición de resultados contradictorios. Dichos autores argumentan que bajo etiquetas como *familias rotas*, *familias desestructuradas* o *hogares deshechos* se han tomado como iguales familias que, aunque en apariencia parecidas, en realidad pueden ser muy distintas, contribuyendo esto, sin duda, a la presencia actual de resultados contradictorios y ambiguos, y a la necesidad de obtener datos fiables y claros mediante la atención de las posibles diferencias que entre estas familias puedan existir (Rutter *et al.*, 2000). Igualmente, dichos autores exponen que el análisis y la comprensión de la metodología desarrollada en cada uno de los estudios, facilitará en gran medida la posible integración de datos en apariencia contradictorios.

Partiendo de la postura manifestada por los autores anteriores, y teniendo presente que la investigación desarrollada, en la mayoría de las ocasiones, ha girado únicamente en torno a la comparación de familias tradicionales y otro único tipo de familias, generalmente monoparentales, y en numerosas ocasiones a partir de muestras de sujetos clínicos, se

creyó de vital importancia la realización de un estudio en el que se intentara superar las limitaciones anteriores, al atender de manera simultánea a un amplio conjunto de realidades familiares existentes en la sociedad actual, así como a contextos familiares normalizados y no sólo a población clínica. En este marco teórico se realiza el presente estudio, cuyos objetivos principales son en primer lugar, conocer las posibles diferencias que pueden existir entre diferentes tipos familiares en relación a las variables implicadas en la conducta antisocial y, en segundo lugar, determinar el papel desempeñado por la variable tipo de estructura familiar en el desarrollo de este tipo de conductas.

Siguiendo la concepción de conducta antisocial defendida por Kazdin y Buela-Casal (1998) en este trabajo dicho término se empleará para hacer referencia ampliamente a cualquier conducta que suponga una infracción de reglas sociales y/o sea una acción contra los demás. Así, debe entenderse que el término conducta antisocial se aplica para hacer referencia a distintas acciones como peleas, mentiras y otros comportamientos que son considerados como disruptivos con un denominador común, la trasgresión de las normas de la sociedad (Stoff, Breiling y Maser, 1997). Tales conductas serán consideradas antisociales con independencia de su gravedad o de su relación o no con el ámbito legal y serán observables tanto en menores bajo tratamientos clínicos como en la mayoría de los niños en el curso de su desarrollo normal (Kazdin y Buela-Casal, 1998). Igualmente, deberá entenderse que desde esta posición el comportamiento antisocial incluye a la agresión pero no está restringida a ésta, y englobará tanto actos manifiestos (*agresividad, desafío, maltrato escolar...*) como encubiertos (*robo, abuso de sustancia, destrucción de la propiedad*).

Método

Muestra

La muestra estuvo constituida por 214 familias de contextos normalizados, con menores de 3 a 10 años ($M = 6,6$; $DT = 2,6$). La distribución de estas familias según el tipo de estructura familiar fue: 39 familias tradicionales, 39 monoparentales, 31 homoparentales, 31 reconstruidas, 39 con embarazos múltiples y 35 adoptivas. Las familias fueron seleccionadas a través de un procedimiento de muestreo mixto e incidental y pertenecían en su mayoría a las comunidades autónomas del País Vasco y Andalucía, aunque también fueron seleccionadas un número pequeño de familias de otras comunidades, sobre todo de Madrid y de Cataluña. Fueron evaluados un total de 102 niños (47,7) y 112 niñas (52,3) y la edad de los progenitores osciló entre los 23 y los 58 años.

Instrumentos

Entrevista de datos sociodemográficos. Entrevista semiestructurada elaborada ad hoc para el estudio, que recogía, entre otras variables sociodemográficas familiares, el tamaño familiar, nivel de ingreso mensual, los nombres de los componentes familiares, las edades y los niveles de estudio.

Inventario HOME (Home Observation for Measurement of the Environment) (Caldwell y Bradley, 1984) en sus versiones españolas para preescolares y escolares (Moreno, Palacios y González, 1989). Este inventario evalúa la calidad del entorno familiar en relación a la cantidad y calidad de la estimulación que este ofrece al desarrollo de los menores. Se aplica mediante una visita domiciliaria, en la que se combina la observación directa con

la entrevista personal al cuidador principal del menor. La fiabilidad alcanzada por el mismo fue de 0.739.

Sistema de evaluación de la conducta de niños y adolescentes-BASC (Behavior Assessment System for Children-BASC) (Reynolds y Kamphaus, 1992), instrumento para padres, nivel 1 (3- 5 años) y 2 (6-12 años), en su versión española (versión Tea Ediciones 2004). Sistema de evaluación que informa de las conductas (adaptativas y problemáticas) presentadas por los menores en el ámbito familiar y comunitario. Es cumplimentado por los padres y ofrece un perfil con dimensiones globales, escalas adaptativas, escalas clínicas y escalas de control. A partir de la suma de las puntuaciones en las subescalas de Agresividad y de Problemas de conducta, cuyos índices de fiabilidad fueron 0.79 y 0.69 respectivamente, se obtuvo un índice global del nivel de conducta antisocial manifestado por los menores.

Cuestionario de Estrés Parental (Parenting Stress Index, PSI) (Abidin, R., 1986) Cuestionario que evalúa el nivel de estrés presente en un determinado núcleo familiar. Consta de dos partes diferenciadas, una de 101 ítems que aborda el estrés familiar existente a partir de 13 dimensiones del sistema niño-padres generadoras de estrés, y otra compuesta por 22 ítems que evalúa el estrés generado por la ocurrencia de sucesos vitales estresantes (SVE), como puede ser muerte de un familiar, divorcio, problemas legales, etc. La fiabilidad obtenida en ambas medidas fue de 0.92 y 0.52 respectivamente.

Cuestionario PPQ (Parenting Practices Questionnaire) (Robinson, Mandleco, Olsen y Hart, 2001). Instrumento de 32 ítems que fue administrado a las madres con objeto de

evaluar las tres dimensiones de los estilos parentales propuestas por Baumrind (Robinson et al., 2001): democracia (15 ítems), autoritarismo (12 ítems) y permisividad (5 ítems). El estilo parental de cada madre queda definido por las puntuaciones obtenidas en cada una de las tres dimensiones mencionadas. Se obtuvieron los siguientes índices de fiabilidad: 0.87 en la dimensión *democracia*, 0.78 en la dimensión *autoritarismo* y 0.67 en la dimensión *permisividad*.

Entrevista de Apoyo Social de Arizona (Arizona Social Support Interview Schedule, ASSIS) (Barrera, 1980; 1981; Barrera et al., 1985). Entrevista semiestructurada que permite obtener información acerca del apoyo social con el que cuenta un determinado individuo o grupo social. Ofrece, entre otros indicadores, el tamaño de la red de apoyo y de conflicto, la satisfacción con el apoyo recibido y necesidad de apoyo manifestada.

Cuestionarios de conflicto marital. Instrumento elaborado *ad hoc* para la investigación, compuesto por 10 ítems que deben ser respondidos en una escala tipo likert del 1 al 6 indicando la frecuencia en que se producen las afirmaciones presentadas en los distintos enunciados. Ofrece un índice global de conflicto familiar marital. La escala fue cumplimentada por madres ($M = 23,82$, $DT = 7,85$) y padres ($M = 23,21$, $DT = 5,65$) separadamente. A partir de la puntuación media de los dos progenitores se obtiene una puntuación media de conflicto marital. La escala obtuvo una fiabilidad de 0.88 (madres) y 0.79 (padres).

Procedimiento

Teniendo en cuenta la complejidad del estudio, la selección de las familias partici-

pantes se realizó mediante un procedimiento de muestreo mixto e incidental a través de la colaboración de los centros educativos. Fueron seleccionados niños de distintos tipos de familias: tradicionales, monoparentales, reconstituidas, homoparentales, adoptivas y múltiples. Los criterios de elección de familias fueron en todos los casos que el menor tuviese una edad comprendida entre los 3 y los 10 años, ambas incluidas, y que llevase al menos un año dentro de la estructura familiar actual. Para la elección de las familias reconstituidas se requería que el niño o niña objeto de estudio fuese fruto de un emparejamiento anterior, y que llevase al menos un año de convivencia con el progenitor biológico y su nueva pareja. Para las adoptivas, que la adopción hubiese tenido lugar con al menos un año de antelación a la realización del estudio, y en el caso de las monoparentales, que cuando esa situación fuese resultado de un divorcio o separación, este hubiese tenido lugar también como mínimo un año antes de la entrevista

El sistema anterior no fue suficiente, ya que determinadas estructuras familiares son difíciles de detectar a través de los centros educativos, puesto que muchas familias prefieren preservar su intimidad y no revelar su condición de familias adoptivas, reconstruidas u homoparentales. Por ello se solicitó la colaboración de familias a través de diversas asociaciones de familias de las comunidades autónomas de Andalucía, Cataluña, Euskadi y Madrid. Además, se siguió el sistema de bola de nieve, por el que unas familias que habían sido entrevistadas nos ponían en contacto con otras familias.

La muestra quedó finalmente constituida por aquellas familias que tras ser informadas de la existencia del estudio, bien a través de las instituciones comentadas o bien a través de otras familias participantes, mostraban

interés en participar y poseían las características necesarias para formar parte de la muestra del estudio. Todas las familias fueron evaluadas en sus hogares, tras la concertación de una cita, y en todos los casos las evaluaciones fueron realizadas por licenciados/as o doctores/as en Psicología, los cuales habían realizado un proceso de formación previo en el uso y administración de los instrumentos utilizados.

Resultados

Para la obtención de los resultados concernientes al primer objetivo de este estudio, fue necesario, en primer lugar, conocer cuáles eran las variables familiares del estudio que se mostraban asociadas a la conducta antisocial. Para ello se llevó a cabo un análisis correlacional entre las variables familiares evaluadas y la manifestación de conductas antisociales. Dicho análisis mostró que la manifestación de conducta antisocial por parte de los menores aparecía asociada significativamente a su edad, al nivel de estudio paterno, a la presencia de estilos educativos de corte permisivo o autoritario, a la existencia de conflicto familiar y a la presencia de estrés en la familia. (tabla 1).

Posteriormente al análisis correlacional llevado a cabo, y teniendo en cuenta que el objetivo perseguido era conocer las posibles diferencias que pueden existir entre diferentes tipos de estructuras familiares en relación a las variables implicadas en la conducta antisocial, se procedió a realizar un análisis de comparación de medias (ANOVA) entre las diferentes estructuras familiares en las variables que previamente habían mostraron estar relacionadas significativamente con las conductas antisociales. Los resultados del análisis comparativo (ANOVA) pueden observarse en la tabla 2.

Tabla 1. Matriz de correlaciones entre las variables del estudio.

Variables	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV
I. Edad sujeto	—													
II. Edad paterna	.28**	—												
III. Edad materna	.20**	.72**	—											
IV. Nivel estudios paterno	-.17*	.25**	.24**	—										
V. Nivel estudios materno	-.22*	.15	.30**	.52**	—									
VI. Ingresos mensuales	-.07	.28**	.33**	.44**	.46**	—								
VII. Permisividad	-.02	-.08	-.13	-.18*	-.14	-.13	—							
VIII. Autoritarismo	.11	-.02	.03	-.10	-.09	-.04	.38**	—						
IX. Democracia	-.05	.09	.08	.14	.14*	.01	-.26**	-.18**	—					
X. Conflicto familiar	-.03	-.01	.05	.05	.08	-.01	.07	.30**	-.02	—				
XI. Estrés (padres-menor)	-.06	-.164*	-.10	.15*	.03	-.13	.34**	.29**	-.26**	.15	—			
XII. Estrés (SVE)	-.13	-.20**	-.23*	.09	.04	-.14*	.15*	-.09	.01	.04	.29**	—		
XIII. Amplitud red apoyo	-.14*	-.03	.04	-.04	.17*	.02	.20**	-.02	.02	.10	.13	.13	—	
XIV. Calidad contexto	-.00	.24**	.33**	.18*	.31**	.21**	-.17*	-.21**	.22**	.01	-.03	.01	.01	—
XV. Conducta Antisocial	.42**	.06	.04	-.19*	-.07	-.07	.19**	.29**	-.10	.20**	.29**	.03	.06	-.01

p* < 0.05 y p** < 0.01

Tabla 2. Comparación de medias entre los diferentes tipos familiares en las variables relacionadas con la conducta antisocial infantil (ANOVA).

	gl	F	Sig.
Estrés familiar (PSI)	209	0,35	0,89
Edad del menor	213	6,96	0,00**
Nivel de estudios paterno	183	3,66	0,00**
Frecuencia de conflictos	168	0,70	0,63
Permisividad	203	0,56	0,73
Autoritarismo	204	1,90	0,10

p* < .05 y p** < .01

Como muestra la tabla 2, sólo se encontraron diferencias significativas en relación a la edad de los menores y al nivel educativo paterno. Respecto a la edad de los menores, un análisis *post hoc*, mediante la prueba Tukey, reveló que los menores de las familias homoparentales presentaban una edad significativamente menor que la de los menores del resto de categorías familiares (tradicionales p

= 0,00; monoparentales $p = 0,00$; múltiples $p = 0,00$ y adoptivas $p = 0,00$) a excepción de las familias adoptivas ($p = 0,44$). Igualmente reveló que eran los menores los de familias reconstituidas los que presentaban una edad mayor, diferenciándose significativamente de los menores de familias homoparentales y adoptivas ($p = 0,00$; $p = 0,00$). En relación al nivel educativo paterno, el análisis *post hoc* indicó que nuevamente eran las familias homoparentales, con mayores niveles educativos paternos, las que se diferenciaban significativamente del resto de categorías familiares (monoparentales $p = 0,00$; reconstituidas $p = 0,02$ y múltiples $p = 0,00$) a excepción de las familias adoptivas y las tradicionales ($p = 0,58$; $p = 0,17$).

En relación al segundo objetivo de este estudio, determinar el papel desempeñado por la variable tipo de estructura familiar en la conducta antisocial infantil, se comprobó a través de un análisis de la varianza (ANOVA) si existían diferencias significativas en cuanto a los niveles de conducta antisocial

manifestado por los menores pertenecientes a diferentes tipos de estructuras familiares. Dicho análisis reveló la existencia de diferencias significativas $F(5, 202) = 5,28$ $p = 0.00$. Un procedimiento *post hoc*, mediante la prueba Tukey, permitió apreciar que dichas diferencias se producían entre los menores de las familias reconstituidas y los menores del resto de estructuras familiares (tradicionales $p = 0.00$; múltiples $p = 0.00$; homoparentales $p = 0.00$ y adoptivas $p = 0.00$) a excepción de las familias monoparentales ($p = 0.06$) que se situaron en una posición intermedia (figura 1).

Como puede apreciarse en la figura 1, los menores de las familias reconstituidas fueron los que manifestaron mayores niveles de conducta antisocial, diferenciándose significativamente del resto de menores de los otros tipos familiares, a excepción de los menores de familias monoparentales.

Debido a que se quería conocer si las posibles variaciones en conducta antisocial manifestada por menores de familias reconstituidas se debían a la propia estructura familiar o, por el contrario, podían ser explicadas por las diferencias halladas anteriormente en

relación a este tipo de familias se procedió a realizar un análisis de la covarianza (ANCOVA) para conocer si las diferencias entre los diferentes tipos de familias en cuanto a la manifestación de conducta antisocial seguían manteniéndose tras la eliminación de los efectos de las variables edad del sujeto y nivel de estudio paterno. Dicho análisis reveló que una vez eliminados los efectos de dichas variables las diferencias en niveles de comportamiento antisocial manifestado por los menores de los diferentes tipos de estructuras familiares dejaban de ser significativas (tabla 3).

Discusión

Este estudio persiguió principalmente dos objetivos, en primer lugar conocer las diferencias que podían existir entre diferentes tipos familiares de contextos normalizados en relación a las variables implicadas en la conducta antisocial, y en segundo lugar, determinar cual era el papel desempeñado por la variable tipo de estructura familiar en el desarrollo de este tipo de conductas.

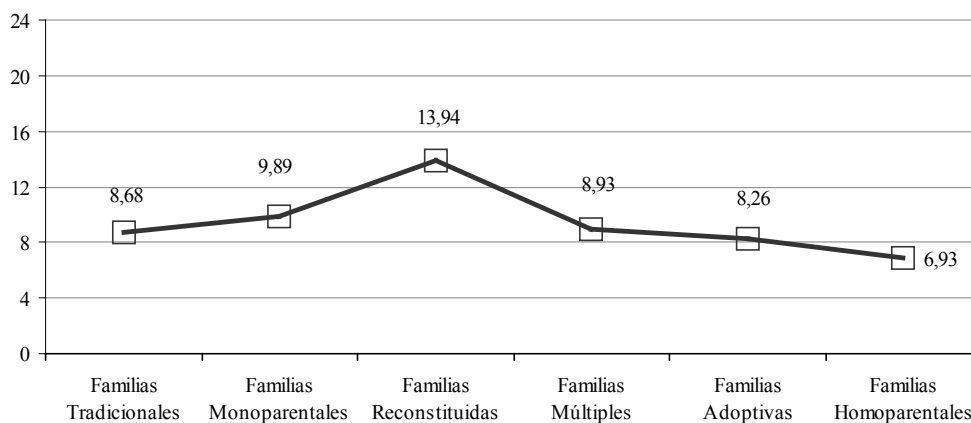


Figura 1. Puntuación directa media en conducta antisocial de los menores de los diferentes tipos familiares.

Tabla 3. Efectos de la estructura familiar en conducta antisocial controlando los efectos de la edad del menor y del nivel de estudio paterno (ANCOVA). Variable dependiente: Conducta antisocial. $R^2 = 0,23$ (R^2 corregida = 0,20).

	gl	F	Sig.
Modelo corregido	7	7,306	0,00**
Intersección	1	12,825	0,00**
Edad del menor	1	25,804	0,00**
Nivel estudios paterno	1	3,593	0,06
T. Estructura familiar	5	2,084	0,07
Error	171		
Total	179		
Total corregida	178		

p** < .01

Respecto al primer objetivo perseguido, los datos pusieron de relieve la existencia de una alta homogeneidad entre los distintos tipos familiares en relación a las variables asociadas a la manifestación de conducta antisocial, ya que no se encontraron diferencias significativas en las mismas entre los diferentes tipos familiares. Así, variables claves para el desarrollo de conductas antisociales, tales como el conflicto marital, el estrés familiar, y el estilo educativo, se manifestaron como independientes de las estructuras familiares al no aparecer ligadas significativamente a ninguna de ellas. Sin duda, este dato proporciona un importante soporte empírico acerca de la idea de que existe una alta homogeneidad entre los diferentes tipos de estructuras familiares normalizadas en relación a la presencia de factores de riesgo para el desarrollo de conducta antisocial.

No obstante, a pesar de la alta homogeneidad citada, es cierto que si aparecieron diferencias significativas entre los diferentes tipos de familias en cuanto a la edad del sujeto

y el nivel educativo paterno. Sin embargo, conviene resaltar que las diferencias encontradas en relación a estas dos últimas variables pueden ser atribuidas en gran medida a dificultad existente para igualar a las familias con respecto a algunas variables sociodemográficas a causa de la escasez de determinadas características familiares disponibles en algunas de las estructuras familiares. Por ello, consideramos que a pesar de las excepciones comentadas, los resultados encontrados en este estudio vienen a mostrar que en relación a contextos familiares normalizados no parecen existir diferencias significativas entre los diferentes tipos familiares en cuanto a las principales variables implicadas en la conducta antisocial. Sin duda, este dato resulta de gran interés teniendo en cuenta que, tal como se expuso en la introducción, respecto a dicho tema se cuenta con una limitada información previa, ya que la mayoría de las investigaciones desarrolladas se han centrado generalmente en torno a la comparación de familias tradicionales y monoparentales sin atender a la totalidad de realidades familiares existentes, y que en la mayoría de los casos se ha trabajado a partir muestras de población clínicas (Rutter *et al.*, 2000).

Por otra parte, en relación a nuestro segundo objetivo, determinar cual era el papel desempeñado por la variable tipo de estructura familiar en el desarrollo de conductas antisociales infantiles los datos pusieron de manifiesto que una vez controlados los efectos ejercidos por variables asociadas a determinadas estructuras familiares, concretamente la edad de los menores y el nivel educativo paterno, la manifestación de dicho tipo de conducta era independiente del tipo de estructura familiar en el que el menor se desarrollaba, confirmando los datos ya encontrados por autores como Ensminger, Kellam y Rubin (1983) o Torrente y Ruiz (2005) que

tampoco encuentran asociación entre el tipo de estructura familiar y la manifestación de comportamientos antisociales infantiles.

Sin duda, cabe resaltar que la alta homogeneidad encontrada entre los diferentes tipos de estructuras familiares en relación a la presencia de factores de riesgo para el desarrollo de conducta antisocial ayuda a entender la ausencia de relación encontrada entre tipo de estructura familiar y manifestación de conducta antisocial infantil. Como es defendido por autores como Wilson y Hernstein (1985) las diferencias halladas en relación a la conducta antisocial entre diferentes tipos familiares pueden ser explicadas mejor atendiendo a la diferencias en terceras variables tales como estrés familiar o privación económica que en base al simple hecho de pertenecer a un tipo determinado de estructura familiar. De este modo, a la luz de los resultados obtenidos debe ser entendido que no es la propia estructura familiar lo que determina el nivel de comportamientos antisociales de los menores, sino más bien los procesos y variables que tienen lugar en el seno de las familias.

McCord (1982) encontró que el índice de delincuencia era elevado entre niños criados en un hogar conflictivo no deshecho pero bajo en los procedentes de un hogar deshecho siempre que la madre fuese afectuosa. Pero, como indica Rutter et al. (2000), tal vez la comprobación más directa de lo planteado en líneas previas es la ofrecida por Fergusson, Horwood y Lynskey (1992) que mostraron que considerados de manera independiente, tanto las separaciones familiares como el conflicto familiar correlacionaban con la presencia de conducta antisocial. Pero que cuando se consideraban juntos en un análisis multivariado, el conflicto familiar seguía siendo un importante factor de influencia mientras que las separaciones no.

En resumen, atendiendo a los resultados encontrados parece que debe aceptarse que centrándonos en el análisis de familias de contextos normalizados existe una amplia homogeneidad con respecto a las variables asociadas a la manifestación de conducta antisociales infantiles, y que, bajo el análisis de dicho tipo de contextos, el tipo de estructura familiar en el que se desarrolle el menor, entendido este únicamente en base a la composición de dicha estructura, no debe a priori ser entendido como un factor de riesgo para la conducta antisocial infantil. Tal vez, como parecen indicar otros estudios realizados con muestras de sujetos clínicos determinadas tipologías dentro de estructuras familiares concretas, o determinados factores que se asocien a dichas familias, sí pueden constituir factores de riesgo para los comportamientos antisociales infantiles, pero categorías familiares normalizadas tratadas como entes globales no deben tener tal consideración por su mera composición. Como ya defendía Minuchin en 1979, el establecimiento de jerarquías, la existencia de límites, la definición de roles y funciones y la disolución de alianzas o triángulos dentro de las familias, y no sólo su composición, serán importantes factores a considerar para la determinación de la funcionalidad de las mismas.

Finalmente, conviene terminar haciendo referencia a algunas de las limitaciones de este estudio. En primer lugar, habría que mencionar el hecho de que la selección de las familias no se realizó de forma aleatoria, algo que suele ser muy complicado, e incluso imposible en el caso de algunas estructuras familiares. El tipo de muestreo utilizado ha producido algunos sesgos, como el alto nivel educativo de las parejas homoparentales o la mayor edad de los niños de familias reconstituidas. Y aunque el sesgo podría haber sido corregido mediante la técnica del

emparejamiento, que supone igualar a las familias con respecto a algunas variables sociodemográficas, en la práctica, la escasez de familias disponibles en algunas de las estructuras familiares imposibilitó este emparejamiento. No obstante, el control estadístico de estas variables ha permitido minimizar el problema.

Otra limitación está relacionada con el reducido tamaño de cada submuestra. Al haber optado en este estudio por un análisis de un amplio número de estructuras familiares, y por una metodología de recogida de información muy exhaustiva, con la utilización de cuestionarios, entrevistas en profundidad y la observación del contexto familiar, la muestra de cada tipo de familia tuvo que ser reducida, no superando en ningún caso las 40 familias. Ello dificultó el poder entrar en el análisis de la diversidad existente dentro de cada tipo de estructura. Sería, por tanto conveniente, de cara a futuras investigaciones, llevar a cabo investigaciones que nos permitirán analizar cada categoría familiar atendiendo a la heterogeneidad que se halla en su seno, es decir, llevar a cabo investigaciones que nos permitan conocer las diferencias que pueden establecerse entre familias que han llegado a la monoparentalidad, tras un proceso de separación/divorcio o las que han llegado tras la viudez, o investigaciones centradas en identificar diferencias en familias que han tenido partos múltiples (gemelos, mellizos, trillizos...) tras un proceso de fertilización/inseminación artificial o bien de forma natural...

En cualquier caso, y a pesar de las limitaciones expuestas, pensamos que este estudio representa una aportación significativa a la investigación sobre el papel que las nuevas estructuras familiares desempeñan en el surgimiento del comportamiento antisocial infantil ya que se trata del primer estudio realizado en España en el que se ha aplicado

el mismo protocolo de evaluación de contextos familiares a las diferentes estructuras familiares analizadas. La selección de variables e instrumentos se ha realizado teniendo en cuenta la literatura científica tanto en el campo de la influencia del contexto familiar en el desarrollo y, también, considerando la literatura relativa a las nuevas estructuras familiares. Todo ello con el objetivo de utilizar una herramienta evaluadora sensible a las posibles diferencias entre las familias. La ventaja que supone la utilización de una propuesta de evaluación homogénea, que facilita la detección más potente de las diferencias familiares, compensa de alguna manera las limitaciones del estudio relativas al hecho de que la muestra esté formada por familias que colaboran voluntariamente en la investigación.

Además, por otra parte, consideramos que, sin duda, los hallazgos encontrados traen consigo importantes implicaciones prácticas de cara a la intervención en la conducta antisocial infantil, ya que ayudan a comprender que las intervenciones llevadas a cabo sobre estas deberán no debe situarse en la estructura familiar en sí, sino más bien en los procesos y mecanismos concretos que se producen en el seno de cada unidad familiar.

Referencias

- Abinin, R. R. (1986). *Parenting Stress Index manual*. Charlottesville, VA: Pediatric Psychology Press.
- Arranz, E., Oliva, A., Olabarrieta, F., Martín, J., Manzano, A., y Richards, M. (2008). Quality of family context or sibling status? Influences on cognitive development. *Early Child Development and Care*, 178, 153-164.
- Barrera, M. (1980). A method for the assessment of social support networks in

- community survey research. *Connections*, 3, 8-13.
- Barrera, M. (1981). Social support in the adjustment of pregnant adolescents. En B.H. Gottlieb (Ed.), *Social networks and social support*. Beverly Hills, CA: Sage.
- Barrera, M., Sandler, I.N. y Ransay, T.P. (1985). Informant corroboration of social support network data. *Connections*, 8, 9-13.
- Borduin, C.M., Pruitt, J.A. y Henggeler, S.W. (1986). Family interactions in black, lower class families with delinquent and nondelinquent adolescent boys. *Journal Genetic Psychology*, 147, 333-342.
- Caldwell, B.M. y Bradley, B.M. (1984). *Home observation for measurement of the environment*. Little Rock, AR: University of Arkansas at Little Rock.
- Capaldi, D.M. y Patterson, G.R. (1996). Can violent offenders be distinguished from frequent offenders?: Prediction from childhood to adolescence. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 33, 206-31.
- Cashion, B.G. (1982). Female-headed families: Effects on children and clinical implications. *Journal of Marital and Family Therapy*, 8, 77-85.
- Dishion, T.J., French, D.C. y Patterson, G.R. (1995). The development and ecology of antisocial behavior. En C. Cicchetti y D. Cohen (Eds.), *Manual of development psychopathology, Vol. 2: Risk disorder and adaptation*. Nueva York: Wiley.
- Elliot, D.S. (1994). Serious violent offenders: onset, developmental course, and termination. *Criminology*, 32, 1-21.
- Ensminger, M.E., Kellan, Sh.G. y Rubin, B.R. (1983). School and family origins of delinquency: comparisons by sex. En K.T. Van Dusen y S.A. Mednick (Eds.), *Prospective Studies of Crime and Delinquency*. Boston: Kluwer-Nijhoff.
- Farrington, D.P. (1989). Self-reported and official offending from adolescence to adulthood. En M.W. Klein (Ed.), *Studies of psychosocial risk: The power of longitudinal data*. Dordrecht: Kluwer.
- Fergusson, D.M., Horwood, L.J. y Lynskey, M.T. (1992). Family change, parental discord and early offending. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 33, 1059-1075.
- González, M.M. (2000). *Monoparentalidad y exclusión social en España*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla, Área de Economía y Empleo.
- Hetherington, E.M. y Henderson, S.H. (1997). Fathers in stepfamilies. En M.E. Lamb (Ed.), *The role of the father in child development*. Nueva York: Wiley and Sons.
- Juby, H. y Farrington, D.P. (2001). Disentangling the link between disrupted families and delinquency. *The British Journal of Criminology*, 41, 22-40.
- Kazdin, A.E. y Buela-Casal, G. (1998). *Conducta antisocial. Evaluación, tratamiento y prevención en la infancia y adolescencia*. Madrid: Pirámide.
- Loeber, R. y Dishion, T.J. (1982). Early predictors of male delinquency: A review. *Psychological Bulletin*, 94, 68-99.
- McCord, J. (1982). A longitudinal view of the relationship between paternal absence and crime. En J. Gunn y D.P. Farrington (Eds.), *Abnormal offenders, delinquency, and criminal justice systems*. Chichester: Wiley.
- Mednick, B., Reznick, Ch., Hocevar, D. y Backer, R. (1987). Long-term effects of parental divorce on young adult male crime. *Journal of Youth and Adolescence*, 16, 31-45.

- Minuchin, S. (1979). *Familia y terapia familiar*. Barcelona: Gedisa.
- Moreno, M.C., Palacios, J. y González, M.M. (1989). *Cuestionario de la vida cotidiana*. Universidad de Sevilla.
- Morgado, B. y González, M.M. (2001). Divorcio y ajuste psicológico infantil. Primeras respuestas a algunas preguntas repetidas. *Apuntes de Psicología*, 19, 387-402.
- Pfiffner L.J., McBurnett K. y Rathouz, P.J. (2001). Father absence and familial antisocial characteristics. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 29, 357-67.
- Reynolds, C.R. y Kamphaus, R.W. (1992). *Behavior Assessment System for Children*. Circle Pines: American Guidance Service, AGS.
- Robinson, C., Mandlco, B., Olsen, S.F., y Hart, C.H. (2001). The Parenting Styles and Dimension Questionnaire (PSDQ). En B.F. Perlmutter, J. Touliatos, y G. W. Holden (Eds.), *Handbook of Family Measurement Techniques: Vol. 3. Instruments y Index* (págs. 319-321). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Rodríguez, A. y Torrente, G. (2003). Interacción familiar y conducta antisocial. *Boletín de Psicología*, 78, 7-19.
- Rutter, M., Giller, H. y Hagell, A. (2000). *La conducta antisocial de los jóvenes*. Madrid: Cambridge University Press.
- Rutter, M. y Giller, H. (1983). *Delincuencia juvenil*. Barcelona: Martínez Roca.
- Stoff, D., Breiling, J. y Maser, J. (1997). Antisocial Behavior Research: An Introduction. En D. Stoff, J. Breiling y J. Maser (Eds.), *Handbook of antisocial behavior*. Nueva York: Wiley.
- Torrente, G. y Rodríguez, A. (2004). Características sociales y familiares vinculadas al desarrollo de la conducta delictiva en pre-adolescentes y adolescentes. *Cuadernos de Trabajo Social*, 17, 99-115.
- Torrente, G. y Ruiz, J. A. (2005). Procesos familiares relacionados con la conducta antisocial de adolescentes en familias intactas y desestructuradas. *Apuntes de Psicología*, 23, 41-52.
- Van Voorhis, P., Cullen, F.T., Mathers, R.A. y Garner, C.C. (1988). The impact of the family structure and quality on delinquency: a comparative assessment of structural and functional factors. *Criminology*, 26, 235-261.
- Wadsworth, M. (1976). Delinquency, pulse rate, and early emotional deprivation. *British Journal of Criminology*, 16, 245-256.
- Wells, L.E. y Rankin, J.H. (1991). Families and delinquency: A meta-analysis of the impact of broken homes. *Social Problems*, 38, 71-93.
- Wilson, J.Q. y Herrnstein, R.J. (1985). *Crime and human nature*. Nueva York: Simon & Schuster.

